

gozan destos pomíferos pensiles;  
la que en su playa balsas y palandrias  
recoge de mil bárbaros gentiles,  
escuchando piadosa su querella,  
es la noble Valencia, ciudad bella.

## 159

XLI.—Loa.<sup>1</sup>

No sé qué triste signo ó qué planeta  
pobre predominó en mi nacimiento  
cuya influencia me forjó poeta.  
Algo mejor tomara el pensamiento,  
señor Apolo, y bien os perdonara  
este regalo y entretenimiento.  
Rociástemme de tierna edad la cara  
(mercedes grandes, para mí excusadas)  
de aquella fuente Cabalina clara.  
Gentiles habas para otras quijadas,  
desde que en ellas se desayunaron,  
ando yo con las mías trasijadas.  
Las Musas juraré que se mearon  
al tiempo que cogistes de su fuente  
las aguas que aún la sed no me mataron.  
De mí vi huir y vi mofar la gente,  
por donde juzgo yo que les hedía  
á pobre, necio, loco, impertinente.  
Estos perfumes de la poesía  
el Apolíneo, lauro y sacra venda;  
pero escuchad la dulce historia mía:  
Comienzo á desplegar y abrir mi tienda,  
y cual mercante nuevo á hacer barato,  
y va á las damas mi primera ofrenda.  
Llamo, convido, ruego y hago plato,  
pues ninguna me quiere ni me llama,  
y de sus gracias y beldades trato.  
Miento bien largo en su valor y fama.  
Digo, y con gran verdad, que estoy perdido,  
hecho carbón, ceniza, fuego y llama.  
Hábloles en estilo muy subido;  
uso de unos conceptos remontados;  
tales, que aun yo jamás los he entendido.  
Desos cabellos de oro sortijados  
forjó, señoras, el Amor cadenas  
con que lleva á sus siervos amarrados.  
Los lindos ojos, causa de mis penas,  
tiran rayos que abrasan corazones,  
haciendo helar la sangre de las venas.  
Yelo nos vuelven vuestras sinrazones,  
y aunque helados, estamos siempre ardiendo  
los que de Amor seguimos los pendones.  
Que viva quien continuo está muriendo,  
y que se yele quien se está abrasando,  
ó es tormento infernal, ó no lo entiendo.  
«No quiero porfiar tan mal cantando,  
galán, y cure su cabeza vana,  
que de flaqueza está devaneando»,  
me dijo una señora cortesana  
que se preciaba mucho de discreta,

<sup>1</sup> En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La Duquesa Constante*, de Tárrega.

y en ser por tal tenida estaba ufana.  
«Qué, ¿tan poco mi musa se respeta?,  
la dije yo. Pues bien sé cuando estaba,  
señora, embebecida en un poeta,  
sus romances y coplas le alababa.»  
«¡Oh, qué gentil concepto!», le decía.  
«¡Qué bueno y qué ecelente!», replicaba.  
Era el señor fulano, y venía  
con un par de capones el criado.  
¿Párecele si es buena la poesía?  
Venga una musa con tan buen recado,  
y aunque escupa otras tantas necedades,  
diré que está ecelente en sumo grado»,  
dijo. Y con todas mis habilidades  
me envió para mano de mortero  
á que probase nuevas voluntades.  
Yo me encamino luego á un caballero  
gentilhombre, galán y cortesano,  
discreto y bien sobrado de dinero.  
Preséntole mis versos, pero en vano:  
parte no entiende, parte son pesados,  
y para coplas, las de don fulano.  
Voyme de allí á doctores y letrados:  
Menos ganancia: hay muchos del oficio  
de sus borrones muy enamorados.  
Los mercaderes y oficiales, vicio  
llaman á este deporte regalado  
de holgazanes y vanos ejercicios.  
Pues sobre coplas no hallaréis fiado  
el vino, el pan, la carne ni el vestido,  
mucho menos, dinero de contado.  
Tras esto, ¿qué rincón jamás ha habido  
sin tizne de los humos de poesía?  
Todos los bodegones ha corrido.  
Quien la trata con menos cortesía  
son algunos señores estudiantes;  
éstos abaten la mercadería.  
Bisoños, mas osados y arrogantes,  
semejantes en fuerzas á pigmeos,  
en orgullo y bravezas á gigantes,  
todo lo contaminan sus deseos;  
hasta las damas usurpar pretenden,  
y para servidores son muy feos.  
Barato su trovar los tales venden;  
aunque no sé quién dice que es dislate  
de los que de la feria el punto entienden.  
De balde es caro lo de su quilate,  
y por darse á entender que todo es uno,  
es muerto para todos Mecenate.  
Por esto yo, sin ser vigilia, ayuno:  
pues nadie os quiere ya volver la cara,  
y mi Parnaso nunca fué importuno.  
Si mi lacería Dios no remediara,  
quizá aún moliera en seco mi molino;  
mas su bondad un monte me depara.  
Un monte claro que á esta tierra vino,  
y si es posible que se mude un monte,  
¿qué mucho que se mude mi destino?  
Mudóse por serviros, Claramonte;  
y en todo cuanto á contentaros toca,  
procura que su fama se remonte.  
En esta parte no hay más firme roca.  
En otras ocasiones lo ha mostrado,  
y agora os lo denuncia por mi boca,  
pidiéndoos el silencio acostumbrado.

## 160

XLII.—Loa.<sup>1</sup>

Arménicos basiliscos,  
índicos rinocerontes,  
arábigas hidras fieras,  
y líbicos escorpiones,  
las engañosas panteras,  
cocodrilos y dragones,  
las cítolas venenosas  
y los grifos voladores.  
Los cerdosos jabalíes,  
los africanos leones,  
las áspides egipcianas  
y los toros españoles;  
los caballos, los camellos,  
los rancíferos veloces,  
los dromedarios ligeros  
y los elefantes nobles,  
torcaces y agrestes lobos,  
hircanas tigres feroces,  
y las más ocultas tierras  
de los coronados montes,  
las incomparables furias  
del lago de Flegetonte,  
si se considera bien,  
todo está sujeto al hombre.  
Burladoras atalayas,  
antepechos defensores,  
puertas de hierro colado,  
fortísimos torreones,  
minas, cubos, terraplenes,  
fortificados bestiones,  
hondos fosos, altas puentes,  
almenas y muros dobles;  
pirámides, obeliscos,  
castillos, fuerzas y torres,  
pilares de jaspe y mármol,  
columnas, peñas y bronce,  
las urcas y galeazas  
con jarcias y municiones;  
las milagrosas galeras  
con lámparas y faroles,  
las moriscas galeotas,  
los cristianos galeones,  
los pequeños bergantines,  
los navíos de alto borde,  
los esquifes perezosos  
en las paces corredores,  
y las fragatas ligeras,  
todo está sujeto al hombre.  
Sueltan cursados neblies  
los ya diestros cazadores,  
y con las plumas ligeras  
el ligero viento rompen.  
La garza bajan al suelo,  
los cazadores socorren,  
al fin se humilla la Garza  
y el soberbio cuello encoge.  
A los fieros avestruces  
que pesado hierro comen,

<sup>1</sup> En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La suerte sin esperanza*, de Gaspar Aguilar.

tuvieron en prisión dura  
los antiguos Faraones.  
Al furioso puerco-espín  
que en hondas huertas se esconde,  
con lebreles irlandeses  
persiguen, matan y cogen.

Al celebrado unicornio  
una doncella le ponen,  
á quien benigno se llega  
donde le humillan prisiones.  
Las aves que el viento cría  
y las fieras de los bosques,  
sirven al hombre: que al fin  
todo está sujeto al hombre.  
La tierra produce plantas,  
las plantas producen flores,  
las flores producen frutos,  
y el hombre los frutos coge.  
Si el hombre todo lo puede,  
y del uno al otro Norte  
no hay cosa que se le esconda,  
ni animales que no dome,  
¿cómo pediré silencio?  
¿cómo podré dar un corte  
para que los ingeniosos  
nuestras faltas nos perdonen,  
y la presente comedia  
vuestas mestedes nos honren,  
y el oro de su nobleza  
nuestros hierros cubra y dore?  
Nuestra comedia empezamos,  
y á discretas elecciones  
nos sujetamos: que al fin  
todo está sujeto al hombre.

## 161

XLIII.—Loa.<sup>1</sup>

(Glosando este pie: *Que todo, trabajo cuesta.*)

Sobre la tela del alba  
las pardas nubes ligeras  
matizan de grana fina  
y de cardenal violetas,  
mil paños do el rubio Apolo  
peine sus doradas hebras,  
y ellas su color realcen  
con la vertida riqueza,  
cuando el Labrador humilde  
del torpe sueño recuerda,  
sacudiendo á una de sí  
el descanso y la pereza,  
y los domésticos bueyes  
debajo el yugo sujeta,  
hendiendo con paso tardo  
los terrones con la reja,  
y por los derechos surcos  
el menudo grano siembra,  
y con lágrimas devotas  
tal vez su barbecho riega.  
Las sazonadas espigas

<sup>1</sup> Del Norte de la Poesía española.

el ardiente Julio muestra,  
y ellas á un tirano trillo  
rinden las rubias cabezas.  
En fin, mientras Febo hermoso  
el Zodíaco rodea,  
jamás reposa ó descansa:  
*que todo, trabajo cuesta.*  
El gallardo macedón,  
inimitable en proezas,  
asombro de todo el orbe,  
y raro blasón de Grecia,  
cuando había de ofrecer  
á su inmadura edad tierna  
el regalo que pedía  
de sus años la ternera,  
cargó sobre sí el cuidado  
de la conquista soberbia  
del ancho globo del mundo  
como blanco de su empresa.  
Y así por feliz principio  
domó la rebelde Tebas,  
tomó á cargo la venganza  
de las Argólicas quejas;  
triunfó del fuerte Darío,  
soberbio rey de los persas;  
pasó los Cáucos cerros  
con pena y fatiga inmensa;  
arribó hasta el río Hipasis  
dentro de la India yerma,  
alejado de su patria  
mil y cuatrocientas leguas,  
y en discurso de doce años  
jamás pudo tener treguas  
con la paz ó el ocio infame:  
*que todo, trabajo cuesta.*  
Desde el excelso Pirenes  
á los Alpes, Julio César  
en bien limitado tiempo  
sojuzgó con arte y fuerza.  
Y en medio el rigor esquivo  
de escarchas, granizos, nieblas,  
forma campo, fosos cava  
y en campaña se atrinchea,  
y asombrando el mundo todo,  
nuevas máquinas intenta,  
sin dejar astuto ardid  
ó engañosa estratagema.  
Ni en los enriscados montes,  
ni en las pantanosas vegas  
tienen estancia segura  
los castillos y las fuerzas.  
Ya con el veloz trabuco  
amenaza las almenas,  
ya con el agudo ariete  
las fuertes cercas barrena.  
A la misma inquietud  
deja humillada y sujeta,  
reduciendo al duro yugo  
flamencos, galos y belgas.  
Y en vez de tomar descanso  
en la sorda noche ciega,  
sus hazañas escribía:  
*que todo, trabajo cuesta.*  
El famoso ginovés,  
cuya temeraria impresa  
eternizó su renombre  
desde el Tanays á Pisuerga,

fué á pedir favor al rey  
de la nación portuguesa,  
al de Cidonia, al de Celi,  
al de Francia é Ingalaterra.  
Y de todos rebatida  
quedó su sin par querella,  
sacando de sus trabajos  
en premio, sordas orejas,  
hasta que á los dos monarcas  
Marte fiero y Palas bella,  
que acababan de fijar  
en Granada sus banderas,  
llegó, y consiguió su fin,  
y con oro, gente y velas,  
al nunca domado mar  
sus esperanzas entrega.  
Y agobiando con las quillas  
de las olas la soberbia,  
al Nuevo Mundo las proas  
de sus naves endereza.  
Y antes de lograr su intento,  
de la horrible muerte fiera  
se vió asaltado mil veces:  
*que todo, trabajo cuesta.*  
Al que sus sienas Apolo  
con verde laurel rodea,  
cuya gloria dulcemente  
las nueve hermanas celebran,  
mil veces á pedir vamos  
con humilde, alegre y muestra,  
engrandeciendo sus coplas  
y alabando sus sentencias,  
nos quiera favorecer  
con alguna gran comedia,  
para que su nombre y fama  
nuevamente se engrandezca.  
El se retira y procura,  
con artificio y destreza,  
ofrecer al común gusto  
la más extraña novela.  
Ya que con nuestro dinero  
nos la libra y nos la entrega,  
y el autor en repartir  
los papeles se desvela.  
Ya se ensaya, ya se dice:  
famosa comedia es ésta.  
Llega el día ó nuestro agosto;  
cógese poco y con pena.  
Quién paga, y quién por honrado  
á lo Sevilla se entra.  
Al fin con afán vivimos:  
*que todo, trabajo cuesta.*  
Así que, pues, feudatarios  
del trabajo y diligencia  
son cuantos con clara luz  
alumbra el mayor planeta.  
No sólo el que del novillo  
domestica la melena,  
ni el que pareció en el mundo  
rayo de la ardiente esfera,  
ni el que el imperio fundó  
y el gran renombre de César,  
ni el que por un mundo incierto  
de otro cierto se destierra;  
pero el que contento vive  
en paz segura y quieta,  
á quien hijos y mujer

tiernamente le rodean;  
y el que goza de sus padres  
opulentísimas rentas;  
que siempre las más sabrosas  
son aquellas que se heredan.  
Atento que en todo estado  
se gusta la fruta aceda  
del mundo, labrador falso,  
cierta, aunque mala cosecha,  
no os parecerá difícil  
que el pedir silencio emprenda;  
pues estos ejemplos dicen  
*que todo, trabajo cuesta.*

## 162

XLIV.—Loa.<sup>1</sup>

El león y el gallo tienen  
enemistad declarada,  
antipatía que engendra  
entre ellos inmortal saña.  
Aborrece el tiburón  
al lobo marino, y hallan  
que el mismo lobo aborrece  
al tiburón que le amansa.  
El esmerejón, que trepa  
la región del aire vana,  
á la abubilla atropella,  
y ella dél huye y se aparta.  
Y aun á todos nos sucede,  
en tierra propia ó extraña,  
de que á un hombre nunca visto  
le daremos vida y alma,  
como aborrecer al otro,  
á quien, sin ninguna causa,  
por opósitos influjos  
deseamos mil desgracias.  
Mas estas contrariedades  
sólo el secreto las guarda,  
porque es como el del abeja,  
que ningún saber le alcanza;  
puesto que diga el discreto  
que de sangre confrontada,  
y de no lo ser, nació  
destos efectos la causa.  
O si por haber nacido  
de un mismo clima en la casa,  
ó en opósito ascendente,  
de este se huye y éste se ama;  
pues en el trato moral  
andan la envidia y cizaña  
con estas antipatías,  
no sin malicia trabadas;  
porque el escultor desdeña  
lo que Archimedón entalla,  
y también de Apelles ríe  
el pintor de menos fama.  
Otrosí, el poeta burla  
del otro á quien no se iguala;  
mas entre dos de un oficio,

<sup>1</sup> En el Norte de la Poesía española. Es la correspondiente á la comedia titulada *El Gran Patriarca D. Juan de Ribera*.

¿quién vió paz ó tregua honrada?  
Yo fui en un tiempo poeta,  
y mi musa fué envidiada  
sin causa, porque la envidia  
robres hiere, que no gramas.  
Pero pues ello es así,  
¡aquí de Dios!, que la espada  
de mi venganza da filos  
en los fuertes de otras faltas.  
Dígame el señor Ovidio  
Nasón, por su nariz larga,  
que á no ser de las Zebreas  
ha de ser la de la abada,  
¿qué diabólica quimera  
le hizo creer que Diana  
fué tan hermosa, si él mismo  
tropieza en su misma falta?  
Pues una mujer nos pinta  
salvaje entre las montañas,  
curtida del sol ardiente,  
la tez del rostro abrasada,  
y del continuo ejercicio  
muy cargadas las espaldas:  
que allí cargan y echan todas  
los cuidados que nos causan.  
Pues no vió el pobrete á Venus,  
que á vella no la loara,  
porque tenía colmillos  
por menudos dientes blancas.  
No hay jabalí tan feroz  
en los jarales de Arcadia  
que compitiera con ellos:  
ved el necio en lo que daba.  
En Atenas, en el templo  
de su sacra diosa Palas,  
tienen por grande reliquia  
un zapato y una calza;  
por donde se echa de ver  
que veinte puntos calzaba,  
y que tenía las piernas,  
no de palas, mas de pajas.  
Pretendió Juno que Páris  
la entregase la manzana,  
con tener un ojo menos  
y llena de ojos la cara;  
tanto, que por un retrato  
suyo cualquiera juzgara  
que la pintaron durmiendo  
sobre una cota de malla.  
También cuentan que Narciso  
fué hermosísimo de cara,  
y tengo textos testigos  
que prueban que fué tan mala,  
que de los montes el eco  
tuvo miedo de miralla;  
y así en las quiebras de valles  
los oídos pone y llama.  
Agora sí, mis señores,  
que hay Narcisos y hay Dianas;  
fué fábula lo de entonces:  
lo de agora, verdad llana.  
Veréis, Menandas divinas,  
y veréis, Comas gallardas,  
que compite con lo más  
lo menos que en ellas se halla.  
Alzad los ojos; veréis  
en su asiento aquellas damas,

de cuyos ojos el sol  
toma la luz que derrama.  
Llenos de oro los cabellos,  
con espadicas doradas,  
que de su hermoso jardín  
impiden la dulce entrada.  
Mirad también los Narcisos  
con las caras afeitadas,  
con enrizados copetes  
y con vírgenes espadas;  
que como agora en el mundo  
no hay mujeres con tal gracia,  
por excederlas en esto  
tienen por honra imitallas.  
Gran senado, si esta loa  
á quien le toca no agrada,  
agrádele la verdad  
á quien los cielos abrazan.  
Y por las otras, la suya  
podrá ver tan apurada,  
que mirándola, le obligue  
á callar, y eso me basta.

## 163

XLV.—Loa.<sup>1</sup>

Una peregrinación  
á las cumbres de Parnaso,  
do tienen su residencia  
Apolo y su coro amado,  
emprendió mi corazón,  
más por fuerza que por grado:  
que en pobres lo más es fuerza  
y menos lo voluntario.  
Comencé mi romería  
pidiendo, y á pie descalzo;  
mas, ó por no merecerlo,  
ó por ser desventurado,  
ó porque era en el pedir  
vergonzoso y recatado,  
las manos con otras largas  
para mí se han abreviado,  
enjugáronse las fuentes,  
los ríos se me han secado.  
Así, muerto de hambre y sed  
y aquejado del cansancio,  
en llegando al pie del monte  
ya no pude dar más paso;  
por do me dejé caer  
y dormíme de cansado;  
y aun aquí la fantasía  
no pudo tener descanso,  
entregándome en el sueño  
otra vez á los trabajos.  
Figuróseme que Apolo  
de un cabello me tomando,  
por el aire me subió  
del monte al lugar más alto.  
Llegado á la cumbre, hallé  
un muy espacioso llano,

<sup>1</sup> En el Norte de la Poesía española. Es la que corresponde á la comedia titulada *La Fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*.

que á la vista parecía  
jardín de muy gran regalo,  
de rosas y flores lleno,  
de mil plantas adornado,  
arrayanes y laureles,  
hiedras, vides que trepando  
por los árboles tejidas  
quitaban del sol los rayos,  
obra de naturaleza  
y parte de diestra mano.  
Apacible compañía  
iba por aquí cruzando,  
gente de hábitos diversos,  
diverso lenguaje hablando,  
que cogiendo de las flores,  
y frutas también mezclando,  
guirnaldas aderezaban,  
y por la montaña abajo  
las echaban á rodar,  
donde muchos las alzando,  
unos huelgan de las flores,  
del fruto hacen otros caso,  
otros tienen más ganancia  
de la fruta y flor gozando.  
Antes de abrir yo la boca,  
mi deseo adivinando,  
dijo Apolo: «Aquellos son  
poetas que me han honrado  
y han enriquecido el mundo  
ingenio y saber juntando.  
Homero es el capitán,  
Hesiodo va á su lado,  
Teócrito y Apolonio,  
Eurípides y Menandro  
y otros griegos que decirlos  
sería negocio largo.  
Entre los romanos lleva  
la bandera el Mantuano,  
Horacio y Ovidio siguen,  
Persio, Marcial y Estacio,  
y los que antes destos fueron  
la gloria de mi teatro,  
Pacuvio, Lucilio y Nevio,  
Cecilio, Terencio y Plauto.  
Dejo de nombrar los otros  
y vengo á los italianos;  
que de todas las naciones  
en mi ejército hay soldados.  
Dante es el primero destos  
que ilustró el hablar toscano,  
al cual el Petrarca sigue,  
menos grave y más limado;  
y á cabo de algunos años  
que nadie se ha señalado,  
señalóse en una justa  
el muy docto Policiano.  
Después vino el Ariosto,  
que sobrepujó al Boiardo,  
Sannazaro, Bembo, el Mucio,  
un padre y un hijo Tassos  
y otros que, por abreviar,  
agora en silencio paso,  
porque vuestros españoles  
parece me están llamando.  
No los he en olvido puesto,  
y si el número no es tanto,  
culpa es la malicia mora

que en armas los ha ocupado;  
las trompetas y atambores  
no dejan oír mi canto,  
y así no hay por qué admirarse  
si su tono fué más bajo:  
de alabanza son muy dignos,  
no de ser vituperados.  
Juan de Mena es el primero  
que pendón ha levantado.  
Un Marqués de Santillana  
no va lejos de su lado.  
Puedense contar también  
tres antiguos valencianos:  
Ausias y Jaime Rojo  
y uno que ha también soñado,  
Garci Sancho, Cartagena,  
y después Torres Navarro,  
Castillejo y, finalmente,  
van Boscán y Garcilaso,  
que hurtaron á Italia el metro  
que en España han trasplantado.  
Estos y otros con las flores  
y las frutas de este prado,  
cuál cogiendo más, cuál menos,  
este monte han ilustrado,  
el ingenio natural  
con arte perfeccionando,  
imitando los maestros  
que primeros he nombrado.  
Agora contra mis musas  
se levanta un nuevo bando,  
ejércitos de bisoños  
sin orden ni ciertos cabos;  
cada cual por sí pretiende  
alzarse con mi Parnaso.  
Dicho esto, me llevó  
do el monte va declinando,  
y vi que infinita gente  
por quebradas y barrancos,  
sin sendero ni camino,  
de espinos, abrojos, cardos,  
cogían las florecitas  
de que haciendo grandes mazos,  
iban á enramar con ellas  
las plazas y los teatros.  
«Esos, dijo Apolo, son  
los poetas afamados  
que á madre Naturaleza  
y á su hija han deshonrado.  
Esta es arte que la imita,  
de la cual han renegado.  
Entrambas á la Poesía  
á sus pechos han criado,  
que ni éstos han conocido  
ni decoro le han guardado;  
antes sin saber sus leyes,  
dellas han prevaricado:  
quién faltando á la invención,  
quién la imitación errando,  
fabricando labirintos  
sin darles principio ó cabo;  
olleros de cuya rueda  
el cántaro para en jarro;  
pintores que al aciprés  
ponen en cualquier retablo;  
toda su felicidad  
está en conceptillos bajos,

que fuerzan á la materia  
á vuelta de versos malos;  
cebo de ignorante vulgo,  
y de gustos estragados  
que jamás al medio atinan  
ni al término deseado;  
pues la perfección mayor  
es descuido con cuidado.»  
Apolo seguir quería,  
mas tocaron á rebato.  
Yo, temiéndome de guerra,  
eché la montaña abajo.  
Vendíome no sé qué espía,  
topé el escuadrón contrario,  
cuya vista y son confuso  
me dió grande sobresalto.  
Sin orden y sin concierto  
unos y otros van mezclados,  
reyes, príncipes y condes  
y monstruos también extraños  
con rostro de dama hermosa  
y pescuezo de caballo,  
de plumas cubierto el cuerpo  
y la cola de pescado.  
A Nerón y al Moscovita  
cuando vi, quedé asombrado;  
acompañanlos valientes  
Paredes, Moncada, Alarcos.  
Estos y otros me embistieron,  
diciéndome en tono airado:  
«Vos habéis de desdeciros,  
ó morir á nuestras manos.»  
«Desdígome, á gritos dije,  
aunque Apolo es el que ha hablado.»  
Confieso que á estos poetas  
no igualaron los pasados;  
en todo la prima tienen;  
no hay pasar de do han llegado.  
Hasta el cielo empíreo suben  
sus conceptos remontados;  
ni ellos ni los que los oyen  
aciertan á darles cabo.  
De vista casi se pierden,  
no es manjar de todos papos.  
Han puesto á la poesía  
en el más perfecto grado.  
Pero no sé quién ha dicho:  
— ¡Qué sueño tan frío y largo!  
— La comedia le pedimos.  
— Señores, aquí la traigo.  
— Temo que no agradará,  
según es mi vuelo bajo.  
Sólo me levanto en sueños;  
despierto, voy arrastrando.  
Quisiera dar gusto á todos.  
Si sucede lo contrario,  
por eso hay en la botica  
simples y compuestos varios:  
lo que al hígado es dañoso,  
aprovecha para el bazo.  
Y aunque vean que es león  
el presente boticario,  
tocarle, señoras, pueden,  
que es león domado y manso.  
Las manos les lamerá  
con tal que le traigan algo.  
Si no cuadra con su humor

el presente letuario,  
mañana se curará  
aplicando su contrario.

## 164

XLVI.—Loa á San Vicente  
Mártir.<sup>1</sup>

En felicísima hora  
y en bien observado punto  
pisé este insigne teatro,  
aunque con pie mal seguro.  
Pues exponerse al examen  
de tanto ingenio y tan culto,  
si no es locura del todo,  
tiene de locura mucho;  
y más siendo de mi loa  
el alto divino asunto  
el valor insuperable  
de un vencedor siempre agosto;  
de aquel glorioso español  
cuyos increíbles triunfos  
á la fe cristiana dieron  
lustre por eternos lustros,  
cuando el dragón formidable,  
ciego de soberbia y humo,  
colgaduras con que entolda  
su horrendísimo sepulcro,  
con más absoluto imperio  
y con más sangriento culto  
sobre gentílicas aras  
presidía en vanos bultos,  
dogmatizando entre aquellos  
que al orbe pusieron yugo  
de la sangre bautizada  
el más copioso diluvio,  
diciendo que el holocausto  
que era en sus ojos más puro,  
en la sangre consistía  
de nuestro rebaño justo.  
No bien el blasfemo oráculo  
dejó los presentes mundos,  
cuando en las bocas tiranas  
fué ley y su fuerza tuvo.  
Ya como en espejo claro  
se mira el edicto injusto,  
jactancioso en las cuchillas  
de tanto acero desnudo.  
Ya se extiende por el orbe  
mortal imperioso susto  
en los pechos palpitantes  
de la nobleza y el vulgo.  
Ya sobre sus cuellos caen  
tan apriesa aceros duros,  
que el más boto cobra filos  
y se embota el más agudo.  
Entre los fuertes campeones  
el más bizarro y robusto  
que en coronada palestra  
se mostró á mayor concurso,

<sup>1</sup> Del Norte de la Poesía española. En la comedia *El martirio de San Vicente*.

fué el intrépido Vicente  
que á las máquinas se opuso,  
que á los más contusos pechos  
prestó el reino más confuso.  
En la ciudad que al Ibero  
tanto amó, que le compuso  
blanda cama en las arenas  
de cernido metal rubio.  
Y él, de puro agradecido,  
guarnece de cristal puro,  
no sólo sus fuertes cercas,  
mas la sombra de sus muros  
en la fundación de aquel  
que al mar soberbio del mundo  
una calma universal  
legisló por estatuto.  
Allí en edad floreciente  
conquistar con sangre pudo  
la estola de su martirio,  
que fué su primero triunfo,  
de donde aherrojado y pobre  
sacó militar tribuno,  
hecho un Sísifo del yerro  
con que oprime el cuerpo suyo.  
Con todo de remontarse  
con arrebatado curso  
hasta el celeste zafir  
tiene animosos barruntos:  
que á un espíritu alentado  
no rinde el yerro importuno,  
que alas las esposas hace  
y hace los grillos coturnos.  
Llegó á la tierra dichosa  
en quien al Cielo hacer plugo  
arrogante ostentación  
de poderosos influjos.  
No hay nativo vegetante  
ni respirante individuo  
que en la carrera del año  
no corra al palio del gusto.  
Fabrican gozoso albergue  
entre sus flores y frutos  
así Flora y Amaltea  
como Pomona y Vertuno.  
Y en medio la amenidad  
de que esta región construyo,  
el valor y la braveza  
levantan su imperio sumo.  
No porque sea este suelo  
del ciprio suelo trasunto  
dejan de ir (como en un tiempo)  
tal vez Marte y Venus juntos.  
Hijos tiene que aspirando  
á gloriosos atributos,  
penetran no arados mares,  
descubren no vistos mundos.  
En ella, pues, el tirano  
más inexorable y duro  
que han vomitado á esta luz  
las tinieblas del profundo,  
de instrumentos que estremecen  
el más horrible discurso,  
hizo alarde contra un joven,  
de armas y aun ropas desnudo.  
Dejo aparte el amarralle  
á un pilar ó tronco rudo,  
cuya longitud midiendo

no pequeño rato estuvo.  
Porque valientes cordeles  
en sus santos pies y puños  
por descuadernar su cuerpo  
dieron apretados nudos.  
Dejo azotes, dejó heridas,  
que es un número sin número.  
Hambre, desnudez y albergue  
siempre frío y siempre obscuro.  
El estupendo espectáculo  
que de su cuerpo hacer pudo,  
siendo de Cristo y Andrés  
perfectísimo dibujo.  
Si á Andrés retrata en el aspa,  
á Cristo retratar supo  
en reventar de su pecho,  
si no un arroyo, mil flujos.  
Y entremos en la batalla  
que infatigable sostuvo  
contra la máquina horrenda  
que á su constancia se opuso.  
Formaban cruzadas verjas  
del metal que á Marte cupo  
una cama y sus pinturas  
brotaban clavos agudos.  
Esta sobre ardientes llamas  
afirmó el ciego tumulto  
de temerosos ministros  
y de tremendos verdugos.  
Y recostando sobre ella  
al español sin segundo,  
llamas y voces al Cielo  
trepan por el aire puro.  
No se baña en tanta risa  
en móvil blando columpio  
tierno infante á quien regalan  
dulces maternos arrullos,  
como el heroico varón  
en el abrasante Equilco  
de la gran Hierusalem  
mirando el celeste muro.  
Revocaban tanta sangre  
de sus venas los conductos,  
que al paso que el fuego humillan  
ensoberbecen el humo.  
Parece que le prestaban,  
tendido en el lecho adusto,  
la salamandria sus llamas  
y sus arroyos Neptuno.  
En fin, triunfante y glorioso,  
aunque al parecer difunto,  
de nuevo á nuevo combate  
provoca al tirano injusto.  
Mas él, rendido y turbado,  
temiendo el trance futuro  
pasa de un extremo al otro  
menos fiero y más confuso,  
y en regalar sólo al Santo  
pone el intento perjuro,  
derramando este cuidado  
en los pechos de los suyos.  
Pide al arte los preceptos,  
á la lisonja el estudio,  
las caricias al amor,  
y al engaño el disimulo.  
Y en la fábrica de un lecho  
tan tierno piadoso anduvo,

que á todo un hermoso abril  
robó el florido concurso.  
En él reclina aquel cuerpo  
que con milagroso indulto  
el alma por tantas partes  
que no saliese detuvo.  
Mas llegando de su fin  
el bien conquistado punto,  
de tanto regalo en medio  
rindió á la muerte el tributo.  
¡Oh, siempre invicto Vicente,  
pendiente acerado escudo  
de la torre Davidea  
que armó pechos tan robustos!  
Perdona si me atreví  
con incauto ingenio rudo  
de tu vida al esplendor,  
que en vez de ilustrar, ofusco.  
Confieso que hoy he mostrado  
pobre estilo, idioma impuro,  
tosco ornato, larga arenga,  
arte poco y menos curso.  
Mas en esta confesión  
pienso que no importa mucho  
que descubra mi ignorancia,  
si mi devoción descubro.  
Y perdóneme, señores,  
si he defraudado su gusto,  
pensando que en esta loa  
llevara distinto rumbo.  
Mas si loa había de ser,  
de disculparme me excuso;  
pues loores de tal Santo  
fué blanco de mi discurso.

## 165

XLVII.—Loa en alabanza  
de la humildad.<sup>1</sup>

En dos contrapuestos campos  
mil naciones diferentes,  
todas ellas gobernadas  
de dos enemigos reyes,  
plantan sus toldos y ranchos,  
banderas y gallardetes,  
cestones y pavesadas,  
torres, casas, fosos, fuertes.  
Rómpense los atambores,  
roncan trompetas, y vienen  
los unos contra los otros  
con la justicia que tienen.  
Rompen las lanzas, las picas,  
grita la chusma, que siente  
las enemigas espadas  
é instrumentos de la muerte.  
Está la fortuna varia,  
pero después se resuelve:  
ya el que menos se ayudaba,  
le levanta y favorece.  
Huye el un campo del otro;

<sup>1</sup> En la séptima parte de *El Fénix de España*, etc. Madrid, 1617.

en fin, las espaldas vuelve;  
sigue el alcance el contrario,  
mata y roba cuanto puede.  
Y el general victorioso  
entra en el contrario fuerte,  
donde el herido da voces  
y se humilla al que le hiere.  
Recíbense los contrarios  
con los ojos hechos fuentes,  
y por el suelo arrojados  
tiende espadas y paveses;  
otros, cruzando las manos,  
echan quien por ellos ruegue;  
y alcanzan perdón; que al fin  
todo la humildad lo vence.  
Planta César sus escuadras,  
y en dos estandartes verdes  
dos águilas negras saca,  
cifra de lo que pretende;  
y el yerno, no descuidado,  
en orden pone su gente,  
y dada ya la batalla,  
pierde á Roma y César vence.  
Humíllanse los cautivos,  
juran de guardar sus leyes,  
y en Roma, como inviolables,  
guardar las suyas prometen.  
Entra victorioso en Roma,  
y á los niños y mujeres  
la vida otorga; que al fin  
todo la humildad lo vence.  
Sale el pródigo soberbio  
por el mundo; gasta, y quiere  
que los ricos se le allanen  
y los montes se sujeten.  
Hace más que un Alejandro,  
fiestas, juegos y banquetes;  
consume el dinero todo;  
sus criados le aborrecen;  
acepta oficios muy bajos,  
y á tanta pobreza viene,  
que un sayo para vestirse  
aún no alcanza en cuanto tiene.  
Vuélvese en las de su padre,  
y tantas lágrimas vierte  
que le perdona; que al fin  
todo la humildad lo vence.  
Sale David con su campo;  
fáltale el sustento, y quiere  
que Naval le dé comida  
y que dinero le preste.  
Enójase el mayoral,  
niega lo que dél pretende,  
y en vez de buenas razones  
con malas palabras muere.  
Asalta David la casa,  
y por el Dios que obedece  
jura de matarlos todos  
y poner fuego á sus mieses.  
Sale Abigail humilde,  
y tanto con David puede,  
que le refrena; que al fin  
todo la humildad lo vence.  
El otro apóstol de Cristo,  
viéndose en prisiones fuertes  
entre los sátrapas bravos  
que con palabras le hieren,

temiendo el fin como hombre,  
que hasta Dios temió la muerte,  
olvidando sus palabras  
le niega dos ó tres veces.  
Acuérdase, y fuera sale,  
*flevit amare*, y Dios viene  
lloviendo misericordias,  
como es de la vida fuente.  
Pone los ojos en él  
y mírale tiernamente,  
y perdónale; que al fin  
todo la humildad lo vence.  
Con seguras esperanzas  
que el ver quien sois nos promete,  
hoy nosotros por serviros  
intentamos lo presente.  
Y porque pasadas faltas  
con otras nuevas se suelden,  
senado ilustre, os convido  
á otras obras diferentes.  
Y pues el errar es de hombres,  
y no hay hombre que no yerre,  
y no hay cosa en que el valor  
más en perdonar se muestre,  
con humildad os suplico  
que las pasadas se queebren,  
y con nuevas voluntades  
recibáis lo que os ofrecen.  
Dareisme luego el perdón  
para que yo se le lleve,  
y sepan que ya en el mundo  
todo la humildad lo vence.

## 166

XLVIII.—Loa en vituperio de la mala lengua.<sup>1</sup>

Cuenta el famoso Plutarco,  
filósofo grave y viejo,  
que no hay cosa en este mundo  
que se compare al silencio.  
Y Plinio dice y afirma,  
que no es de menos ingenio  
el saber callar que hablar  
en su coyuntura y tiempo.  
Pitaco también nos dice  
con grande encarecimiento,  
que el que refrena su lengua  
es sumamente discreto;  
pues en las breves razones  
se conoce el hombre cuerdo,  
por salir dél las palabras  
consideradas primero.  
Y como dice el refrán,  
bien antiguo y verdadero,  
por el canto se conoce  
el tonto en cualquier tiempo.  
Mas ¡qué bien dice y compara  
San Gregorio Nacianceno  
á aquellos que en este mundo

<sup>1</sup> En la séptima parte de *El Fenix*, etc.

se matan de puro necios!  
Pues como hombres mareados  
que van á tierra saliendo,  
todo les parece se anda  
de una parte á otra moviendo.  
Y esto no es porque la tierra  
haga ningún movimiento,  
sino porque en ellos viene  
causado del mar inquieto.  
Esta suerte un cortesano,  
un hidalgo, un caballero  
quiere reir y enmendar  
mejor que si fuera Homero.  
Murmura de la justicia,  
del príncipe y regimiento,  
del común de los palacios,  
del oficial y el concejo.  
Y en fin, á todo lo tacha,  
no teniendo miramiento  
que no se mueve la tierra,  
sino su liviano seso.  
Bien debía de saber  
el peligro deste miembro  
Dios, pues que con tantas guardas  
le tiene cautivo y preso;  
pero por más insufrible  
á una destas lenguas tengo,  
pues ellas hieren el alma,  
y la lanza sólo el cuerpo.  
Pone la lanza á la vida  
bien considerado á riesgo,  
pero la lengua destruye  
honra, paz, bienes, contento.  
Y así, lengua que habla mucho  
es como casa sin techo,  
es bolsa sin cerradura,  
como navío sin suelo,  
como tinaja horadada,  
como báculo sin dueño,  
y al fin, sirena que engaña  
con la voz al marinero.  
Mas como vasos vacíos  
revienen más que los llenos,  
asina los ignorantes  
hablan más que los discretos.  
Por lo cual dice San Pablo  
lo que es razón que notemos:  
«que corrompen las costumbres  
las palabras sin provecho».  
Y más en particular  
hallo vivo este defeto  
en la mujer, que es de todos  
los animales más terco.  
Mas como Naturaleza  
crió animales diversos,  
ansina en diversas partes  
les puso el brío y esfuerzo:  
A la serpiente, en la cola;  
al unicornio, en el cuerno;  
al águila, en todo el pico;  
al toro, en cabeza y cuernos;  
mas á la astuta mujer,  
para mayor daño nuestro,  
Naturaleza le puso  
en la lengua tanto esfuerzo.  
Con ella hiere y abrasa  
más que el encendido fuego,

pero él puédesse apagar  
y ella no tiene remedio.  
El toro se encierra y doma,  
el león tiene leonera,  
y con un poco de pan  
vemos que se amansa un perro.  
Teme el hombre á la justicia,  
domeña al caballo el freno,  
y el ignorante pescado  
prende el cauteloso anzuelo.  
Mas la mujer, llanamente,  
es un animal tan fiero,  
que para su presunción  
es todo el mundo pequeño.  
Tenéis condición terrible,  
y tan ponzoñoso el pecho,  
que podéis públicamente  
poner tienda de veneno.  
No viene de suerte el rayo  
que no le pregone el trueno,  
y sin dejar de hacer humo  
se puede encender el fuego.  
Ni viene de suerte el frío  
que no avise con bostezo;  
las paredes que se caen  
desmorónanse primero.  
Mas de la mujer la lengua  
es demonio tan soberbio,  
que sin resistir el daño  
nos destruye á campo abierto.  
Pero, ¡válgame el Señor!,  
tu firme amparo, ¿qué es esto?  
¿Tan riguroso y cruel  
con la que me dió el sustento?  
Perdonen, señoras más,  
que he andado muy descompuesto,  
muy libre y descomedido,  
pues, en fin, son nuestro cielo,  
nuestro regalo y tesoro,  
nuestro gusto y pasatiempo,  
nuestra paz, nuestra alegría,  
nuestra fortuna y contento,  
nuestras bodas y placeres,  
nuestras fiestas y recreos,  
nuestros deleites, y son  
sepulcros de nuestros cuerpos.  
Si es que agraviadas están,  
mírenlo muy bien primero,  
porque semejante agravio  
no se nos pase en silencio.  
Hablen, respondan, no duden,  
porque, en verdad, les prometo  
que no me atreva á partir  
sin absolución del yerro.  
Mas el que está en talanquera  
poco teme al toro fiero,  
y el que en el fuerte homenaje  
oye el tiro, el mar y el fuego.  
Así la mujer honrada,  
entre espinas clavel bello,  
más limpia que está una espada  
acicalado el acero,  
no lo ofenden malos dichos,  
porque al fin, como en espejo,  
se pueden mirar las faltas  
de corazones discretos.  
Es Fénix en su opinión,

salamandria que en el fuego  
de su cólera se cría  
para hacer á un hombre tierno.  
Pero ¿qué puedo decir  
siendo tal vuestro misterio  
que mandáis en casa ajena  
mucho más que el propio dueño?  
Guardadnos silencio un día,  
tenednos prudencia y seso,  
que habiéndolo entre vosotras  
no estaré poco contento.  
Y si lo hacéis, en señal  
de noble agradecimiento,  
me podéis todas tener  
por menos que esclavo vuestro.  
Y si no, los indios pardos,  
los húngaros y flamencos,  
caldeos, alarbes, citas,  
sirios, lusitanos, medos,  
egipcios y mauritanos,  
bitinios, boscos y griegos,  
cartagineses, piratas,  
alejandros y pompeyos,  
si en toda mi voluntad  
con razón ó sin derecho,  
no hiciéredes en las veras  
conformes á mi provecho.  
Si despreciareis mis quejas  
agraviadas desto, hoy ruego  
á todas estas naciones,  
desde el primero al postrero,  
que de noche os rondan tanto  
que no os dejen dormir sueño.

## 167

XLIX.—Otra loa.<sup>1</sup>

¡Válgame Dios! ¿Es de veras?  
Aquí estoy y no lo creo.  
¿Es posible que ha llegado  
á cumplirse mi deseo?  
No se espanten vuestro  
que me admire y haga extremos  
de verme en este teatro,  
gloria y honra destes reinos,  
que yo les diré la causa  
si es que gustan de sabello;  
que siempre la novedad  
suele á veces dar contento.  
Como á los signos y estrellas  
los hombres viven sujetos,  
á mí me inclinó la mía  
á representar, y creo  
que éste no es de los peores  
vicios que sustenta el cielo,  
aunque no es sino trabajo  
y que pide hombres discretos.  
Yo vine por mis pecados,  
después de tan largos tiempos,  
á ser autor, y imagino  
que no es el mayor tormento.

<sup>1</sup> En la séptima parte de *El Fénix*, etc.

Junté, pues, mi compañía,  
hice viaje á otros reinos,  
llevando muchas comedias,  
bailes y entremeses nuevos.  
Di la vuelta por Vizcaya,  
y desde allí me fuí luego,  
aunque con gran menoscabo,  
á las Asturias de Oviedo.  
Como es la tierra tan triste  
y tan falta de dinero,  
no ganábamos un cuarto;  
y viéndome sin remedio,  
quise dar vuelta á Castilla;  
y estando tratando desto,  
llegaron dos montañeses  
y desta suerte dijeron:  
«Guarde Dios á su merced.  
Hannos dicho que es farsero,  
y aquí hacemos una fiesta  
á San Millán, y han propuesto  
los hermanos y cofrades  
que su fiesta celebremos,  
y hagamos una comedia  
para que se alegre el pueblo.  
Mire lo que hemos de dar,  
que una vez hecho el concierto  
luego daremos señal:  
pida de una vez lo cierto.»  
Yo, que estaba sin un cuarto,  
y todos mis compañeros  
no mandaban un ciuti,  
vide los cielos abiertos.  
Pedíles quinientos reales,  
y respondió el uno dellos:  
«¡Oste, puto!, ¿échanos pullas?  
Acá no hay tanto dinero.  
Es pobre la cofradía,  
que si esta fiesta hacemos  
se ha de llegar de limosna,  
y así mal nos convendremos.»  
Después de habernos cansado  
gastando almacén al viento,  
la concerté en diez ducados.  
¡Quemado sea tal concierto!  
Al fin, yo hice mi cuenta  
que con aquéllos teníamos,  
yo y toda la compañía,  
para tomar un refresco.  
Dejáronme de señal  
veinte reales, que me afrento;  
pero diré aquel refrán:  
«Cuál el tiempo, tal el tiento.»  
Llegó el día de la fiesta  
y hice, si bien me acuerdo,  
un auto famoso, que era  
la historia del Zebedeo.  
Hice también la comedia  
del Rey don Alfonso el Bueno,  
y amores de doña Nufla  
con su querido don Bueso.  
Fuí otro día, de mañana,  
para cobrar el dinero,  
en casa del mayordomo:  
¡aquí vino á ser lo bueno!  
Halléle sentado al sol  
muy repantigado y tieso,  
con un capote cerrado

del tiempo del Rey don Pedro.  
Y pidiéndole la resta,  
me dijo con gran denuedo:  
«Señor, para haber de darlo,  
se ha de juntar el concejo.»  
En esto llegó un escrito,  
destos que en la corte vemos,  
que nunca salen de ser  
lacayos ó vinagreros.  
Dijo: «Mirad lo que hacéis,  
no os engañen, que es muy cierto  
que aquel hombre que en el auto  
degollaron, le vi luego  
pasearse por la calle,  
como yo y vos, sano y bueno;  
y si aquello no es verdad,  
éste es robo manifiesto.  
El Rey, dicen que era el otro:  
es mentira y embeleco,  
que yo le vide en la corte,  
y así es él como mi abuelo.  
No hagan burla de nosotros,  
y, con marañas y enredos,  
nos lleven nuestro trabajo,  
y ellos se vayan riyendo.»  
Ya no lo pude sufrir,  
y de ira y coraje lleno,  
le dije: «¡Bárbaro, bruto,  
de seso y razón ajeno!  
¿un hombre habla de matar  
por diez ducados? Pues vemos  
que averiguar un mentís  
cuesta un poco de dinero.  
Dime, ¿es el Rey, por ventura,  
hecho de estopa ó angeo,  
que se ha de mover así?  
Pues sabemos por muy cierto  
que saliendo media legua  
sólo á matar un conejo,  
le suele tener de costa  
medio millón por lo menos.  
¿No es bueno que hay ignorantes  
que por diez reales y medio  
quieren que el que hace el Rey  
que sea el Rey verdadero,  
y que el que fingen que matan  
que sea de veras muerto,  
y el que hace el moro, sea moro,  
y el que hace el viejo, sea viejo?  
¿No ven que es representar  
sólo imitación de aquello,  
y que, en saliendo de aquí,  
yo soy Juan y el otro es Pedro?  
¿Y no echan de ver que tiene  
mucha costa y contrapeso  
esto, y que al autor le cuesta  
trabajo y desasosiego  
buscar famosas comedias  
de levantados conceptos,  
la música más famosa,  
el auto costado y nuevo?»  
Mas, ¡gloria á Dios!, he llegado  
donde es muy al revés esto,  
pues hay tanta discreción,  
tanta consulta de ingenios,  
tanta belleza de damas,  
tal justicia y regimiento,

donde reprueban lo malo  
y donde prueban lo bueno.  
Mas, ¡por Dios!, que me olvidaba  
á lo que salí, y yo pienso  
que será descortesía  
ponerme á pedir silencio.  
Y así, con vuestra licencia,  
me quiero entrar satisfecho  
en que nos haréis merced:  
yo me voy, guárdeos el Cielo.

## 168

L.—Otra loa.<sup>1</sup>

Comparaba un doctor sabio  
á la mujer mala y buena,  
senado ilustre y discreto,  
á la araña y á la abeja;  
y divinamente dijo  
sus atributos en ella,  
tanto, que fué celebrado  
su parecer en Atenas.  
Antes fué mujer la araña,  
y de tener competencia  
con Palas, discreta diosa,  
vino de mujer á fiera.  
Fué siempre tan maldiciente  
que, aun labrando aquella tela,  
afrentó los altos dioses  
con figuras deshonestas.  
¿Quién la vió bajar agora  
á la más azul violeta,  
al más cándido jazmín,  
á la más blanca azucena,  
á la clavellina roja,  
á la rosa más perfecta,  
aunque haya della tomado  
sus colores la vergüenza,  
al más regalado almíbar,  
al nácar que más se precia,  
veneno haciendo al azúcar  
y cicutá á la conserva?  
Todo lo vuelve en ponzoña,  
todo el bien en daño trueca,  
que es de mujer propio oficio  
cuando tiene infame lengua.  
¿Quién ve la abeja graciosa  
del reino de su colmena,  
donde aposentada vive  
vida alegre en casa estrecha,  
salir cuando sale el sol  
á lamer las blancas perlas  
que ha derramado la noche  
sobre las flores y yerbas,  
con regalado rüido  
dando al sol gracias inmensas  
de que abrió las frescas hojas  
que con la noche se cierran!  
Ya del blanco humilde corta  
la encarnada rosa bella;  
ya al romero saludable

<sup>1</sup> De la séptima parte de *El Fénix*, etc.

la enramada flor cercena;  
ya la retama pajiza  
el gracioso pico besa;  
la maravilla deshoja  
y la olorosa mosqueta.  
Y que destas cosas haga  
la miel en casa de cera,  
¿no es la excelencia mayor  
que dió la Naturaleza?  
Pero ¿qué mayor milagro  
que cuando á una jara llega  
ó á una silvestre magarza,  
ó á una venenosa adelfa,  
destas hace miel sabrosa,  
su daño en provecho trueca;  
que es de mujer propio oficio  
cuando tiene honrada lengua?  
No ha criado el cielo impíreo,  
aunque entre su sol y estrellas,  
animal que se le iguale  
cuando es hermosa y discreta.  
¿Hay maravilla en el mundo,  
aunque las siete sean treinta,  
que á la mujer se compare  
si lo que es la lengua enfrena?  
¿Hay edificio á los ojos,  
ventanas, torres ni güertas  
como una mujer vestida  
de hermosura y de vergüenza?  
¿Para quién es cuanto cría  
el mar, el aire y la tierra?  
¿quién lo merece mejor?  
¿quién lo goza y lo gobierna?  
¿Quién es espejo del hombre?  
¿quién le agracia y le recrea?  
¿quién le da su semejanza  
y su linaje conserva?  
Por la mujer vive el mundo,  
y tantos siglos aumenta,  
diga lo que quiera el hombre,  
que en efeto nació dellas.  
Yo, pues uno dellos soy,  
hoy salgo aquí como abeja  
á coger deste jardín  
flores que tanto me alegran.  
Y de las lenguas que callan  
hoy el ramillete sea  
para ofrecer al silencio,  
que es el fin de la comedia.

## 169

LI.—Otra loa.<sup>1</sup>

Después que el famoso César  
conquistó parte del mundo,  
y por la pluma la espada  
fué otro Alejandro segundo;  
después que de las Farsalias  
volvió con victoria y triunfo,  
y en Egipto con Cleopatra  
gozó el amoroso yugo;

<sup>1</sup> De la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*, 1617.

y después que de su suegro  
vió el mortal rostro difunto,  
muy triste, porque la muerte  
entristece al más robusto,  
y después que á los franceses  
sujetó al romano yugo,  
dijo, viendo á sus soldados  
mal contentos y confusos,  
porque no les había dado  
el premio como era justo:  
«No es tan difícil, soldados,  
asaltar el fuerte muro,  
ni trepar por las escalas  
cubiertos de los escudos,  
ni de bravos españoles  
domar el soberbio orgullo,  
ni vencer los indios negros,  
ni los alemanes rubios,  
como es difícil al hombre  
contentar á varios gustos.»  
Aquesta verdad aprueba  
aquel elocuente Tulio,  
pues por dejar el gobierno  
á los soldados se atrujo,  
conociendo cuán difícil  
era contentar á muchos.  
El famoso capitán,  
el valiente Marco Curio,  
el que venció á los sanmitas  
y á los silónicos turcos,  
después se vino á vivir  
él solo á un cortijo suyo.  
El africano Cipión  
dejó el romano tumulto,  
amando la soledad  
para vivir más seguro.  
También el gran Cincinato  
dejó el arado y yugo,  
para ser cónsul en Roma  
y ser temido en el mundo,  
y después, á media noche,  
á volverse se dispuso  
á su campo y soledad,  
y le pareció otro mundo.  
Lo mismo hizo Catón  
y Metelo, gran tribuno,  
todo por ver que es difícil  
contentar á varios gustos.  
De que aquesto sea verdad  
tenemos ejemplos muchos.  
Los hebreos condenaron  
á Moisés, siendo tan justo,  
y del soberbio Absalón  
al buen David, padre suyo,  
de que con mal regimiento  
governaba los tribunos.  
Siendo José bueno y santo,  
Cenobia dello le acuso,  
de continente y traidor  
por el amor que le tuvo.  
Los egipcios injuriaron  
á Medoro porque puso  
la Naturaleza en él  
de virtud un gran tributo.  
Y dejando la escritura  
Plutarco, dice que hubo  
quien afirmó que había sido

Hércules cobarde mucho.  
Si en esto no ha habido falta,  
hubo quien ponerla pudo  
para ver que es una cosa  
contentar á varios gustos.  
En cosas más manuales  
probar mi intento procuro,  
porque hasta el juez que gobierna  
jamás contentó á ninguno.  
Al que sentencia y condena  
dice que juzgar no supo;  
el procurador le enfada  
que le tiene preso mucho;  
queréllase el alguacil  
de que no aplicó, pues pudo,  
para su bolsa las costas  
siendo ya costumbre y uso.  
Pues el médico que cura,  
y que ha gastado en su estudio  
tantos años de paciencia,  
jamás contenta á ninguno.  
Si es mozo, que sabe poco;  
si es viejo, que ya es caduco;  
que mal sabrá conocer  
quien no tiene pulso, un pulso;  
pues si no sana al enfermo  
es el más malo del mundo,  
y si le sangra la bolsa,  
sana el cuerpo todo junto.  
Luego siendo esto verdad,  
en fuerte razón me fundo:  
que médico y juez no saben  
contentar á varios gustos.  
Hace el sastre una ropilla,  
y cuando á probar la trujo  
no le contenta á su dueño,  
porque un botón mal le puso;  
cálzase el otro un zapato,  
y porque le viene justo,  
dice que le aprieta el pie,  
y si es ancho, que es pantufllo.  
Manda el otro al sombrero  
que le haga un sombrero al uso,  
y cuando ya se le ha hecho  
no conforma con el gusto;  
si es bajo y de poca falda,  
dice que parece embudo;  
si es alto, que es de francés,  
y no le agrada ninguno.  
Una dama que es hermosa  
para los ojos de muchos,  
á otros les parece fea  
porque tiene el rostro oscuro.  
Si es pequeña, que es juguete;  
y si es alta, causa disgusto;  
si es discreta, no es hermosa;  
si es hermosa, es hielo puro;  
si es trigüeña, que es muy negra;  
si blanca, no tiene gusto;  
que ya no hay nadie que pueda  
contentar á varios gustos.  
La comedia es á esta cuenta  
donde el arte y saber puso  
más trabajo, pues tenemos  
de contentar siempre á muchos.  
En este pequeño espacio,  
que es una mapa del mundo,

hay Césares, hay soldados  
que no les agrada el triunfo.  
Hay Julios, hay Cipiones,  
hay Metelos y Tribunos,  
Catones y Cincinatos,  
hay Moisés y David juntos,  
hay Absalón y José,  
hay labradores, hay Tulios,  
hay egipcios y Medoros,  
hay también crueles muchos.  
También hallaréis juez  
que rija y gobierne el mundo,  
procurador, alguacil  
que contentarle no supo.  
Hay médico viejo y mozo,  
sastre y zapatero astuto;  
hay sombrerero y hay dama  
hermosa que sabe mucho;  
hay la blanca y la pequeña,  
también la de rostro oscuro,  
que todo está en la comedia  
dividido y todo junto.  
Concedednos por dos horas  
el silencio, como es justo,  
que dándonosle, entendemos  
contentar á varios gustos.

## 170

LII.—Otra loa.<sup>1</sup>

Muertes, enojos, agravios,  
traiciones, robos, quimeras,  
engaños, adulaciones,  
ingraticudes, soberbias;  
Enemistades, insultos,  
malicias, chismes, revueltas,  
doblecetes y tiranías,  
pechos, manos, ojos, lenguas;  
Ilusiones y mentiras,  
deslealtades y soberbias  
nacen por una mujer:  
que hay muchas mujeres necias.  
La vida es muerte pesada,  
la gloria suele ser pena;  
el contento, llanto triste;  
las firmes palabras, quejas.  
El amor, dolor amargo;  
la lengua, serpiente fiera;  
los ojos, linceces que matan,  
y la hermosura, insolencia.  
Todo esto he visto y mirado,  
y he sacado por mi cuenta,  
después de tan largos años:  
que hay muchas mujeres necias.  
Forma Dios al primer hombre  
á su imagen sacra y bella,  
y, según autores grandes,  
fué compuesto de la tierra;  
y de su propia costilla,  
según lo dicen las letras,  
hizo á Eva su mujer,

<sup>1</sup> De la octava parte de las *Comedias de Lope de Vega*, 1617.